

070. El gigante dormido

El Papa San Pío X, a primeros del siglo veinte, sostenía una conversación con algunos Cardenales y Monseñores sobre lo más importante para revitalizar y actualizar la Iglesia, y les pregunta:

- *¿Qué creen ustedes que es lo más importante y más urgente?*

Conociendo las ilusiones del Papa, respondían unos una cosa, otros otra: que si el Catecismo, que si la Liturgia, que si los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía... El Papa iba moviendo la cabeza en sentido negativo. Al fin, responde él mismo:

- *¿Saben ustedes qué es lo más importante? Que en cada parroquia haya un grupo de seglares, hombres y mujeres, que se aprieten al lado del Sacerdote y del Obispo, y se pongan a trabajar juntos.*

Con una respuesta como ésta daba inicio, podríamos decir, a la Acción Católica y al Apostolado moderno de los laicos, por tantos siglos olvidados en la Iglesia como agentes activos, directos y responsables del desarrollo, mantenimiento y mejoramiento de la misma Iglesia.

Hoy, ya no tiene que formularnos nadie una pregunta como la de aquel querido Papa, pues esto lo tenemos claro como la luz del día. ¿Qué es lo que nos falta a los laicos?

Es ponernos a actuar con eficiencia en el campo que nos compete a nosotros.

Sentirnos Iglesia para trabajar en ella responsablemente.

Saber tomar iniciativas, que, sometidas siempre a quienes tienen el gobierno de la Iglesia, los Pastores, contribuyan eficazmente al bien de todo el Pueblo de Dios.

¿Dónde estaba el mal anterior, un mal que nunca debería haberse producido en la Iglesia? Estaba en el excesivo clericalismo. El obispo y el sacerdote lo eran todo. Ellos pensaban, ellos dirigían, ellos determinaban, ellos llevaban en exclusiva el culto, ellos debían de responder de todo, y todo lo hacían en el recinto de la casa episcopal o en el despacho de la parroquia... ¿Los laicos? Un elemento pasivo y nada más.

Actualmente han cambiado las cosas y se han colocado en su debido lugar. El Obispo y el Sacerdote tienen el ministerio del gobierno, el de la santificación por los Sacramentos, el de la Palabra como servicio propio. A ellos les compete el dirigir y el discernir y el empujar.

Pero ellos y nosotros somos una misma y sola Iglesia. Y nosotros los laicos, metidos dentro de la masa, tenemos como misión el fermentar de Evangelio todas las estructuras sociales, tanto la familia, como el trabajo, como la política, como todas las realidades humanas.

De este modo, se nos abren ante los ojos perspectivas inmensas. ¿Nos damos cuenta de lo que puede hacer un médico, o un profesor, o un publicista, o un negociante, o una enfermera, o una maestra, o un político, o un policía, o una artista, o un deportista, o un empresario, o un entregado a los medios de comunicación yo que les hablo? Podemos seguir y seguir mencionando profesiones u oficios, para preguntarnos: ¿Qué llegarán a hacer si todos son católicos de verdad, si se sienten miembros vivos de la Iglesia, si tienen celo por la gloria de Dios y la salvación de los hombres, si se ponen al servicio de Jesucristo, en una palabra, si quieren hacer algo por el Reino?...

En el mismo desarrollo de la vida de la Iglesia, a nosotros, los laicos, nos toca ser miembros activos en el culto, y no unos meros espectadores.

En el apostolado, hoy se dan ya casos y modos de acción en que antes ni se soñaba. Por ejemplo, ¿quién podía pensar que iban a ser tantas las parejas que, hasta con los propios hijos, si Dios se los ha dado, se iban a ir a las Misiones?... ¿Quién inspira hoy a tantos el enrollarse en el voluntariado para las empresas más difíciles dentro de la evangelización?...

En un Congreso de Laicos, que tuvo gran resonancia, se llamó al laicado de la Iglesia “El gigante dormido”. Muy bien llamado. Porque el día en que nosotros, los laicos, despertemos de nuestra modorra y apatía, y nos levantemos dispuestos a hacer algo por Jesucristo y por el Reino, se habrán multiplicado las fuerzas vivas de la Iglesia de manera sorprendente.

Nuestros ojos han contemplado ya muchos prodigios de santidad y de apostolado de los seculares en nuestros días. Por eso hablamos con tanto optimismo. Basta ver lo que han sido, son y siguen siendo y haciendo, por ejemplo, la Legión de María, la Confraternidad de la Doctrina Cristiana, las Conferencias de San Vicente de Paúl, los Cursillos de Cristiandad, los Focolares, los Neocatecumenales, los Carismáticos, el Movimiento Familiar Cristiano, los Clubs Newman de las Universidades, los laicos del Opus Dei, sin olvidar a los tan beneméritos y clásicos miembros de las Terceras Ordenes.

Cuando se miran serenamente estas realidades, no caben los pesimismos entre nosotros. Al revés, todos sentimos el estímulo a enrollarnos en las avanzadas, tan nutridas, del apostolado secular de la Iglesia. Jesucristo se tiene que sentir orgulloso de los muchos voluntarios con que cuenta.

Todo lo que se nos pide, como una exigencia natural, es que nuestra vida sea un testimonio fehaciente de lo que predicamos y hacemos. Trabajamos porque sentimos las realidades del Reino. Y tanto más sentimos las realidades del Reino cuanto más trabajamos por él.

A nuestros pastores, Obispos y Sacerdotes —y no digamos ya al Papa—, los tenemos en gran veneración por la gracia especial de consagración que han recibido de Dios para guiar a la Iglesia. Pero nosotros, los laicos, no somos miembros de segunda categoría. Ellos en su puesto y nosotros en el nuestro, todos somos Iglesia, la misma Iglesia, sin más privilegio personal que el poder gastarnos en el trabajo por el Reino de Dios.